profundo que el amor al arte: el grito de las entrañas. Es un deleite ver cómo escrutan con los ojos à los artistas, à su presentación en la arena y durante la partida, para regirse. Hacen cálculos sobre el cansancio del uno, sobre el mal humor del otro, sobre los efectos probables de un rebote sufrido el día anterior por un tercero, que debe tener el ojo todavia un poco anublado, sobre los celos observades entre otros dos que se disputan el pal lone. Algunos también se entretienen haciendo saltar un sueldo en la mano, ó pescando en un saquito donde tienen judías de dos colores. Allí están los rayadores, de los cuales se oye la voz continuamente; los pesimistas, que ven una traición en todas las faltas y enseñan el puño al traidor; los violentos, que increpan á voces á los jugadores, al mandarín, á la pelota, á todo y á todos; los originales, obstinados en apostar por quien pierde, que pierden todos los días y apuestan siempre, tranquilamente, como si tuviesen una mina de oro y el propósito firme de darle fondo lo más prento posible; los cariñosos, que dirigen á quien les hace ganar apóstrofes entusiásticos, gritos amorosos de gratitud. Ahl Sassoncinol-Ahl rico míol-y los furibundos, que á la proposición de una apuesta responden desde lejos un:-Val-formidable, que parece un desafío á todas las potencias terrestres y celestes. Y en el juzgar à los artistas pasan todos con igual facilidad del uno al otro de los calificativos más diferentes.—Es un Dios.—A l' é u baloss (Es un bribón).-Cada golpe es comentado por un coro de voces animadas, que cuando cesan, dejan todavía un eco de murmullos é de exclamaciones solitarias de admiración ó de desdén. Diálogos improvisados se encienden, cesan de pronto, se reanudan, parece que deban acabar á befetadas y después se extinguen de nuevo para renovarse más tarde, como las riñas de los gatos.

Pero lo mejor está en la última jugada que decide una partida. Es preciso ver entonces á los que tienen empeñada alguna suma, por qué rápida sucesión de sobresaltos y de esperanzas pasan, cómo siguen todas las curvas del pal lone con los ojos fuera de las órbitas y con la espalda en arco, aullando:—Bajo.—Correl—Daie.—Bravo.—Perrol—cómo cambia su rostro al ver su billete de cincuenta ó de veinte ó de diez echado por el aire, arrastrado por el suelo, arrojado contra el muro, enviado á las nubes, salvado cuando parecía perdido, puesto en peligro cuando parecía en salvo, hasta que el golpe supremo arranca á estos un ¡Ah! delicioso, á aquellos un juramento feroz, que se pierden entre el murmullo diverso de los demás, los cuales querían y no apostaron, contentos ó rabiosos de no haber cedido á la tentación.

XI

Se suele ver también en los primeros puestos, sentados en fila, en la parte del muro, à los viejos jugadores, como en los circos de España á los toreros inválidos por edad ó por heridas. Estos son los que no han dejado rastro en la historia, pero hay también más de un artista célebre, cuyo nombre es recordado aún por sus coetáneos y á quien muchos de la nueva generación creen ya muerto. Hasta hace muy pocos años veiase alli al famoso Cento, que se arrastró por la arena hasta sus últimos días, semejante á una larva de otros siglos, á una de aquellas extrañas figuras de Strulbruggs que describe Guliver en su viaje à Lapusa. En terno de este veterano del pal lone iban siempre à sentarse los más curiosos para recoger los doctos comentarios que hacía sobre el juego, y era consultado á menudo por algún viejo apasionado que le vió trabajar y que le recuerda, con cortesia aduladora, sus antiguas proezas y que repite à sus vecinos, como respuestas de oráculo, sus sentencias. Ellos os dicen sobre cuál diente precisamente ha golpeado

el pal·lone que ha ido de través, reconocen la dirección del que empieza à apuntar apenas hecho el saque, adivinan la falta por el movimiento del brazo, lanzan con gravedad de profesor sonoros «bestia» que le hacen ser mirado con respeto por los vecinos, conocen y definen de cada jugador la debilidad, las tendencias viciosas, los defectos físicos, y hacen pronósticos autorizados sobre la carrera de cada uno. Sus juicios son, por lo demás, muy severos: ninguno de los actuales jugadores les contenta plenamente; y lamentan con palabras amargas la decadencia del arte, y aun más la indiferencia creciente del público, grave indicio de muchas cosas graves; porque la educación de la juventud, à su entender, debiera ser fundada sobre el brazal, y el soplo regenerador de la patria no puede salir para ellos más que del esferisterio. Para consolarse se recuerdan mútuamente sus triunfos, como los viejos actores, y alaban á los grandes maestros de los tiempos pasados. Mas, sobre este argumento van poco de acuerdo. Cada uno tiene su jefe, su jugador ideal vivo ó difunto, del cual predica y defiende su supremacia. Sus discusiones son casi siempre un peloteo de nombres ilustres. Ols,... «pero como el Novaro aquel que fué después general, tenéis un buen número de nombres...> -El primer jugador del mundo ha sido Frullani, apodado El Niño, de Pratol-Y Bautista de Portacomaro, dónde lo deja?-De fuerza, mi querido señor, no dé gracia: es menester distinguir...-El Gallino, de San Estéfano Belbo. valía más que Bautista:-Síl Pero Bautista lo batía: hélo visto yo con mis ojos, y más de una vez.-Y el Pollano. fossanese, el gran Pollano, como le llamaban?-Para mi. decid lo que queráis, ha habido un solo jugador de pal lone en sus tiempos: Domingo Bossato: lo recordáis?-El Magni, el Magni, el Magni: lo hemos visto también en Turin. -Se entiende, como delantero... Pero, por replicar, salta siempre alguno afirmando que el primer jugador del mundo fué un Tizio desconocido de los presentes, à quien viò jugar él solo, y que en cierta ocasión, por casualidad-

puede ser—fué vencido por él.—De aquellos se ha roto el molde: ¡tenía un ojo, un brazo, una piernal... y un golpe de revés, propio de él solo; de una manera que no se ha visto más.

Y al evocar aquellos recuerdos sus rostros animados se coloran en sus mejillas, y bajo sus párpados rugosos arde un relámpago de la gloria antigua.

XII

¡Ohl astros del arte caído, memorias luminosas de mi juventud! ¡Oh! Juan Bautista de Portacomaro, humilde ugier en el orden de la magistratura, magistrado supremo en el reino del saque y de la resta, cuantas emociones dulces y fuertes te debol Han transcurrido treinta y seis años desde cuando te vi aparecer en el esferisterio de Cuneo en la gran contienda de las fiestas del santo patrono, y hoy todavía, pensando en tí, me parece revivir á aquel dia. Desde un mes antes se decia:--Vendrá-no vendrá--: todos los estudiantes apasionados del brazal estaban dominados por la misma idea desde un mes antes. Uno de ellos dió los últimos días una noticia siniestra:-Está enfermo: -fué un sobresalto. Corrió otra:-Está curado;-fué una fiesta.-Y el día suspirado, él compareció entre miles de espectadores apiñados en la gradería y en los palcos, seguido de numerosa y abigarrada comitiva de envidiosos, dilettantes, apostadores, admiradores de todas las profesiones y de todas las clases,-venidos para coronar su triunfo, como el cortejo de un monarca guerrero. Era de aspecto modesto, é iba en mangas de camisa, con una cara bonachona de pequeño propietario de campiña; pero que nos pareció como el rostro de Napoleón.

Nos considerábamos tan felices con verlo, que no nos sentimos ni por un momento ofendidos, nosotros ciudadanos de una ciudad célebre, por sus jugadores, al oir gritar insolentemente por un enjambre de voceadores llegados

en su seguimiento:-Cuatrocientas liras contra doscientas. cien liras contra cincuenta, cincuenta liras contra veinte, apuesto por Bautista.-Y sus primeros pasos en la arena. sus primeros golpes de prueba, todos sus gestos, todos sus movimientos fueron observados, admirados, discutidos come si revelasen sobrehumano misterio de arte y de fuerza. Y toda la partida fué para nosotros una serie de sacudidas violentas de maravilla y de placer. Después de tanto tiempo véole todavia ante mí en todas sus posturas propias, como Rossi en Amleto y Salvini en Otello, con todas las diversas expresiones de su mirada de águila y de su sonrisa de triunfador: oigo los gritos afanosos de ¡Bautista! -con que sus compañeros invocaban, nunca en vano, su socorro; veo la seguridad admirable con que iba à colocarse en su puesto, firme como una estátua, en el punto donde el pal·lone había de caer; el saque mesurado y seguro de su brazo de hierro y la gran curva soberbia del pallone por él restado, que nesotros seguiames con mirada atónita, como el vuelo de un pájaro maravilloso, y que sus mismos adversarios, desesperanzados de la victoria, aplaudían golpeando con la mano el brazal, con la nobleza de discípulos que deponen todo orgullo ante la grandeza del maestro, en pago de la gloria envidiada de medirse con El.

XIII

«Le esperaba un solio fulgurante» al llegar al mediodía de su gloria; vi á Bossotto al principio de su carrera, desconocido del todo y tal vez no agitado aun por ningún presentimiento vago de su destino. ¡Oh, memoria remotísima! Quien le hubiera concedido una onza de estima cuando, á los diez y nueve años apenas, vestido de obrero del campo, arrastrando un par de zapatos en chancla, se presentó con otro rapazuelo de su edad y de su estampa à desafiar á los cinco campeones del juego de Cuneo, entre

los cuales figuraban un futuro subsecretario del Ministerio de Gracia y Justicia, que habían hecho frente al gran Bautista? Quién podía pensar que aquel golfo habria de recorrer triunfalmente todas las arenas de Italia, hacer foror en Roma, en Florencia, en Bolonia; que hubiera enriquecido la lengua nacional con una nueva locución, el golpe á lo bossoto, adoptada en el lenguaje pol·lanesco de toda la Toscana, que habria sido buscado en América, honrado con biografías y retratos, cubierto de medallas y de bandas de honor, glorificado con un busto en el atrio del esferisterio bolonés y citado en el vocabulario de Pedro Fanfani. ¡Y quién me hubiera dicho á mí, espectador imberbe, que lo habría vuelto à ver casi cuarenta años después, espectador encanecido, jugar todavia y recoger aplausos en la arena de Turin! Todo lo recorrió dejando huella imperecedera de su paso, desde los Alpes à la piramide de Cestio, y llenó por si medio siglo de historia de la esferística, y ahora se sienta como árbitro en las luchas ó partidos solemnes. Recuerdo la mirada de desconfianza y de piedad con que lo midieron desde el pelo hirsuto à los zapatos usados, los cinco campeones provocados, y la sonrisa irónica con la que lo miramos nosotros, estudiantes dilettantis, cuando con su Pilades descamisado tomó puesto en la zaga, ciertísimos como estábamos de ver fracasada y falta de sana razón su petulancia de aventurero. A la primera resta se mostró el hombre, y la gente «ignorante y temeraria, comenzó á morderse los labios y á fruncir las cejas.» Tenía un ojo de lince, la esbeltez del ciervo, la fuerza del toro, una precisión de golpe asombrosa; restaba las pelotas que le correspondían de un extremo al otro del juego, sus golpes semejaban cañonazos, y un ciclón parecía el pallone por él lanzado que iba por todos lados á un tiempo; y fué un sobresalto para sus adversarios, un estupor para los viejos inteligentes, una sucesión contínua de victorias fulmineas, saludadas con entusiasmo creciente por la multitud, durante cinco días sucesivos; fué una epopeya de

proezas fabulosas, terminadas à la quinta tarde, cuando ya anochecía, con una alta que traspuso el murallón del fondo, no tocado jamás por ningún delantero y que nos dejó atolondrados como un milagro; después de lo que, lo acompañamos à la estación, como una falange de vencidos fascinados, y lo vimos partir de noche ya—caballero errante del brazal—para ignoradas luchas, en busca de más árduas pruebas y de más fúlgidas glorias.

XIV

Más tarde, desde Turín, fué uno de nuestros mayores placeres el acompañar á nuestros jugadores al «partido de desafio» en la otra arena del Piamonte. Encontramos la pequeña ciudad en ebullición, y pasando entre la multitud que se apiñaba á la entrada del juego, nosotros, del frontón forastero, éramos tomados por ricos apostadores que ibamos à sostener el honor de nuestros campeones con los bolsillos repletos de billetes encarnados. Y alguna vez no teníamos otro billete que el taladrado del ferrocarrill Para mejor gozar del espectáculo ibamos á colocarnos en los terceros puestos, donde las pelotas granizaban, en medio del gentío agitado por la pasión de partido, que aplaudía con furor todo golpe aún mediano de los suyos, que permanecía mudo ó tragaba bilis á las más hermosas iugadas de los maestros, y espiaba con alegría en nuestro rostro las torturas del orgullo ciudadano herido cuando la suerte volvía la espalda á los de Turín. Y habíamos visto la cómica explosión del entusiasmo campanil, habiamos recibido, á quemaropa, por delante y por detrás, por la derecha y por la izquierda estocadas crueles! Cuando Toro sucumbía, nos tocaba el dolor de oir por la calle el grito de ¡Victoria! de los muchachos, corriendo por la ciudad á esparcir la fausta noticia: cuando Toro triunfaba, salíamos entre las miradas hostiles de la multitud, de la que partían à veces alusiones acres à nuestras ganancias, consistentes

no raramente en algún golpe de pelota en las costillas ó en algún huésped invisible que nos hacia descontar á preció de sangre la victoria municipal. Pero fuimos siempre modestos aún en los mayores triunfos, como tenemos siempre alta la dignidad turinesa aún en los reveses más tristes. Y qué hermosa noche cuando seguíamos á los vencedores á la posada, donde

HORAS DE RECREO

«Scendean del campo a tergere Il nobile sudor,»

y entablada conversación desde la mesa vecina examinábamos con ellos los lances de la lucha, rehaciendo los movimientos y los pasos y comentando las faltas y los vuelos. Y haciamos en aquellas disertaciones clamorosas un tan hermoso fasto de tecnología artística, que algunas veces oimos decir:—Pero ellos, que se comprende que son jugadores...—; que era cuánto de más grato nos pudiera ser dicho en aquella hora, por una boca humana, el dulcis in fundo de la jornada, un ramo de laurel, una anhelada enseña de familia, concedida por ignorancia, es cierto, pero no inmerecida del todo como premio á nuestra ardiente devoción, intrépida contra los sarcasmos y à los pelotazos.

XV

Y cómo olvidar à Florencia, cuna de Dante Alighieri y de Juan Ziotti, conocido por Gioannino, nacido junto (joh, predestinación!) à la vía Dante; única quizás de las ciudades de Italia en la que la llama sagrada del juego arde todavía con la fuerza y con el esplendor antiguo? Son recuerdos de más de un cuarto de siglo, pero que conservan en mí toda la frescura del primer lustro. «Tenían el campo» entonces, Banchini, Caroli, Frullani, Maestrelli, Denti, Puccianti,

«All'inmortalità nomi devoti»

como cantó un poeta romallés de los grandes jugadores del pasado siglo. La arena estaba concurridisima todos los dias; velanse asíduos periodistas, escritores, artistas, académicos de la Crusca; allí iba à menudo el principe Corsini, más á menudo Tomás Salvini, frecuentemente Aleardo Aleardi, todos los días el buen Arnoldo Fusinato, con su eterna Virginia pendiente de la boca aguda y benévola del viejo poeta. El espectáculo era grandioso y alegre como en ninguna otra ciudad italiana; los jugadores estaban siempre llenos de ardor, como si fuese cada tarde la apertura de la estación; la fiebre de las apuestas tocaba á los cuarenta grados en toda partida, los muchachos de los primeros puestos señalaban los puntos sobre un programa impreso, haciendo un ruido confuso de mañana de primavera, los académicos comentaban las jugadas en hermosa lengua, el empresario hacía su negocio y una nube de golfos se contentaban con el honor de llevar el brazal à los artistas. Uno de los mayores placeres del espectáculo era ver y oir al pueblo de Florencia, que mostraba allí también su naturaleza artística, desaprobando los movimientos descompuestos y las actitudes sin elegancia, silbando las jugadas desleales, siseando el desentono del voceador, apostrofando con toda especie de calificativos cómicos y amoresos, de motes amasados con burlas, á los jugadores que daban un golpe en falso ó una carrera inútil ó hacian una falta sin circunstancias atenuantes. Y cómo para todo caso particular del juego salía su correspondiente frase y su término propio, cómo cogía al vuelo y retrataba con una palabra aguda toda singularidad del rostro, de los andares y del modo de jugar de cada jugador! Pero el espíritu crítico no disminuía el calor del entusiasmo, que corría en largos extremecimientos de un extremo a otro de la multitud amontonada y terminaba en una explosión de mina. No era posible que ningún jugador hiciese una resta patente sin que mil rostros descompuestos y encendidos le gritasen en coro:-¡Ahondal-Mándalo fueral-

Llévalo á la callel—que no pusiese alas á las piernas cuando mil voces le aullaban:—¡Alcánzalo!—que no se sintiese dispuesto á hacer prodigios cuando por seguir el arco de de una bolea suya, mil admiradores zapateaban sobre el pavimento como movidos por una sacudida subterránea de terremoto. ¡Oh, hermosa partida, alegre como fiesta y tumultuosa como batalla, que nos dejaba roncos por la charla, cansados de reir y embriagados por el tumulto y la bulla! Y cómo salía contento, rejuvenecido, resplandeciente, el buen Fusinato!

XVI

Y ahora, hé aquí nuestro largo deseo apagado, mi querido lector; hé aquí tras muchos años resucitado el esferisterio de Turín, y con edo un rayo y un soplo de nuestra primavera difunta. No responde à nuestro ideal, pues es un atrio de regia severidad, y un muro de apoyo revestido de severo mármol, alto como una peña de la gola de Gondo, en cuyo frente tiene una graderia de circo maximo; es una arena de refugio, no de pelea; pero tanto no esperábamos, va desesperanzados de volver á ver. aunque no fuese más que una; y tiene también su encanto, porque ofrece en los primeros puestos la vista de la hermosa ribera del Pó y todo el alegre espectáculo de la colina, y sus cien ventanas y agujeros en el remate del edificio, con aquellas caras barbudas y aquellas cabezas de mujer y de niños, que aparecen tras las rejas como rostros de prisioneros y para los cuales es golondrina peregrina la pelota que pasa y dan al muro cierto aspecto siniestro de fortaleza de otros tiempos, que atravendo la fantasía les compensa en parte de los muchos pallones mandados à mal por los jugadores. Y somos tan asíduos concurrentes á este juego. como lo fuimos á los otros; tan asíduos que, creyéndome un colega tuyo al verme à tu lado todos los días, vino à mi una vez el mandarin, que había sido descompuesto por

un pelotazo, a preguntarme si le aconsejaba un emplasto ó unas sanguijuelas. Estamos allí cuando el sol hace arder los cerebros y abre los cráneos en los puestos de cuarenta céntimos, como cuando el viento envuelve á los jugadores en nubes de polvo, y alli resistimos la primera faria de la lluvia para gritar:--¡Fueral---à los artistas, apenas cesa de llover; y no hay más que el granizo gordo del cerro de los Golosos que nos obligue à ponernos en la puerta. Y si hay otros que en asiduidad puedan igualarnos, no hay ninguno que saboree como nosotros el placer exquisito de llegar los primeros à la arena solitaria y silenciosa; de ver la majestad del Bossotto, bajado modestamente de su altura, dirigir el nivelamiento y el escobeo del campo, hacer tender el cordón y enarenar la tierra humedecida ó mojada, refrescar la señal del fallo con yeso; v, después, ver llegar à los jugadores uno à uno, con sus trajes de simples mortales, y desaparecer por la puertecilla misteriosa de donde salen transformados, como las orugas del capullo, á saludar el uno tras el otro à los apostadores más rabiosos, lucubrando la combinación del día para ver de qué parte conviene arriesgar el escudo. Y bien que los de gusto refinado nos contentáramos con esto; es también para nosotros una entrada estimulante en el gran banquete del arte, si, en vez de ver la arena desierta, nos encontramos una escuadra de dilettantes que hacen sus pruebas clandestinas con el pallone pequeño -como haciamos nosotros, -Besta reinante.

XVII

Porque eran pequeños, en aquellos tiempos, el pallone y el brazal, y los jugadores vestían à capricho y no había ceremonial, ni totalizadores, ni carteles, y se usaba el juego à caza. Fué una revolución cuando vinieron los toscanos con sus trajes blancos, el pallone grande, el brazal de dos kilógramos, y el saludo y los alegres y una familia

de nuevos términos del arte, y lo más importante, el nuevo juego del cordón, más largo y más caballeresco que el antiguo. Esto lamentan los codos; nosotros no. ¡Y qué! Era un va v viene continuo del saque à la resta, como en el juego de toccapoma, una lucha de astucia, a golpe parado y à tiros cortados, un afanarse innoble à parar el pallone con les carrilles y con las redillas, y un correr tras el ridículo como el correr á una gallina escapada de la cabaña. Patriotas y progresistas de cara al trampolin, nosotros aceptamos con el corazón abierto el juego itálico, de la caza única y fija, que imponía al pallone el vuelo excelso y deshonraba el engaño. —Pero ¡ay de mil Nuestras manos no acostumbradas al aspero guante, eran recluidas en adelante al sólo oficio de aplaudir. Nos contentamos con dar vueitas y más vueltas, con curiosidad de artistas, al nuevo brazal, sospesándolo y palpándolo, probando con los dedos las puntas de cornejo y las puntas de moral, examinándolo por la parte de la rosca y por la parte de la muesca, para devolverlo después, dando un suspiro, á su dueño, 10h, sin igual juego, fuente de infinitas delicias ocultas, reconditas! Y todavia, ahora, es para nosotros un gran regocijo, de vez en cuando, como hace el bebedor con la botella vacía que aprisionó un excelente vino, agarrar, manosear, probar à escondidas el «hueco leño», del que todo diente oprimido con el indice os parece que despide una chispa que os recorre de la mano a los riñones, y el olor del cepo de nogal os entra por las ventanas de la nariz, dilatadas en la sangre como un efluvio de la perdida juventud. Y también amamos à los jugadores por que, viéndoles en el trabajo, nos representan la imagen de la agilidad y de la gallardía de nuestro cuerpo en otros tiempos, y casi nos ilusionamos, de momento, en que lo recobraríamos en la prueba, á despecho del vientre redondo y del occipital desplumado.

XVIII

Pero nos avisa Pazini:

« Yo, encanecido en el espectáculo, enseñado no seré...»

y nos avisan con él los dilettantes. Y precisamente esto es lo que debieran hacer los profanos para educarse en la admiración de los artistas verdaderos, asistir à los ejercicios de los dilettantes; porque al ver luchar con la dificultad à los inexpertos, se aprende también en este arte à valuar la agilidad con que los maestros vencen. Los principiantes, en especial modo, ofrecen un espectáculo cómico y comprensivo á la vez, como lo será una carrera de cojos ó una danza de atacados de tarantela. Parece que no estén jugando con el pallone, sino con ellos mismos. No se puede imaginar cómo los engaña, cómo les burla, cómo les hace correr, cabriolar, confundirse y fatigarse sin fruto, pasando sobre su cabeza cuando creen que va á caer sobre el brazal, saltando á la derecha cuando lo buscan á la izquierda, obligando á correr adelante y atrás y á dar vueltas á nariz derecha en torno de sí mismos, como cazadores de mariposas. Ellos van á su encuentro como desesperados, y á lo mejor no lo ven más; se ha desvanecido como una pempa de jabón; lo esperan a pie firme con una postura trágica; pero empaverecidos en el último momento, huyen como de una pedrada, ó le hacen una reverencia como á un pájaro sagrado, ó lo evitan mirándole como un gavilán que les persigue, ó le tiran un golpe incierto y se lo dan en el brazo, ó le vuelven las espaldas y son sellados en ella, ó avanzan con la cabeza baja para cojerlo à contratiempo, golpean en el vacio y van à piernas levantadas, ó también le largan un golpe à ciegas, por defenderse, y quedan cómicamente estupefactos, con los

ojos desmesuradamente abiertos al verlo volar. Y cómo se enfurecen, rechinando los dientes y blasfemando de su propia impotencial y cómo hacen juramento, arrugando la frente y echando rayos por los ojos, de que la primera vez que les venga à tiro le enjaretaran una estocada para vindicarse de todas las afrentas! Y hé aqui que viene, bellisimo, como arrojado por mano de un mandarín; avanzan tendiendo los músculos, cojen la mira, asestan el golpe,ilo han cogidol-¡Ah, misero destinol-Ha dado en un diente de la corona y, en vez de ir lejos, describe en le alto una misera curva de arco de portal, y cae estúpidamente à diez pasos, como un queso de Holanda arrojado à la calle ó como una vil bocha escapada de la mano de un muchacho; y los cuatro espectadores rien á carcajadas con la boca hendida de una oreja á la otra. ¡Ay de mí! Es muy cierto que en todos los campos, el arte es difícil y la gloria está lejana. Y si el caso ocurre con un dilettante, sea igualmente bravo, que tienta de nuevo el juego por la primera vez después de mucho tiempo, cuando no tiene ya y cree tener todavía el ojo antiguo, el espectáculo es también muy digno de conmiseración y muy admonitivo; porque lo veis ir al encuentro del pal lone con la familiaridad de un viejo amigo, y extrañarse de no ser ya reconocido y obstinarse en la esperanza de renovar la amistad y exasperarse contra el bribón olvidadizo é ingrato; hasta que le dice brutalmente dándose un golpe en el pecho:

—¡Vaya, viejo cuco, no se juega más conmigo, á los cincuenta años!

XIX

Frente à esos, los verdaderos artistas parecen hombres de una raza superior. Mas, la común excelencia en el arte no quita que haya entre ellos, como entre los artistas del buril y del pincel, una variedad de procedimientos, de maneras, digamos también de estilo, tan grande, cuanto es diversa entre ellos la constitución física, el tempera-

mento y el ánimo. Esto se observa en la compañía torinesa del año 96, en la cual están representados la Humbria. la Marche y la Toscana, y las regiones del Piamonte más fecundas en jugadores célebres, y que es una de las más notables que se han visto jamás en Italia. El personaje preeminente es Bossotto, veterano del arte, juez y director del «animado imperio», la única cabeza gris de la compañía, membrudo como una cariátide del palacio de los Omenoni, y armado, más que adornado, de dos formidables bigotes de comandante, que atraviesa el juego con el paso de un viejo león cansado, pero que tiene todavía à su mando los hermosos golpes, si no de sus bellos días, del tiempo glorioso que tiene el cetro de la arena. Se semeja en la contextura de los miembros al Rasero, con cabeza de bronce y brazos de acero, que afronta el pal·lone como un enemigo y menea el brazal como una maza; es el tipo del antiguo jugador de fuerza, reconocible al momento entre todos por su ruda impresión monferrina de buen linaje, del cual hubiera podido coger Dante el lenguaje áspero y hueco para la descripción del lago de Cocito. El opuesto à él es Sassone, nacido para el arte de Montemagno, voluntario por un año en cazadores, espalda de primer orden, que tiene en los brazos y en las piernas, cortas y delgadas, y bajo la apariencia de joven aristócrata distinguido, el vigor de nervios y la agilidad impetuosa de los felinos, y que pertenece à la familia de los jugadores recogidos y silenciosos, como el conde Livio Billi, de Fano. Esta es la figura más noblemente viril de la compañía; una cabeza de Bruto pegada á un torso de Alcides; un jugador admirable, no tanto por la grandiosidad del juego, cuanto por la seguridad del golpe y la elegancia clásica de los gestos y de los movimientos, unido á una dignidad tranquila, que ni la victoria ni la desgracia muda. No tiene esta dote Enrique Sconfienza de Scuzzolengo, à quien los vaivenes de la fortuna ó inflaman ó descorazonan; pero en el saque y en la resta es de los más fuertes, un batidor (delantero), nacido y consagrado, alto y flexible, digno de ser contemplado en su actitud sobre el trampolín y en la gravedad de joven magistrado con que atraviesa la arena. como si arrastrase un manto invisible. La corrección y la gracia de la escuela toscana están encarnadas en Ulivi, conciudadano del poeta Guadagnoli, una figura de galán joven de compañía dramática, batidor de espalda y tercios de igual valentía, el jugador más sereno de la escuadra, el único que no nombra jamás en vano el nombre de Dios. simpático á todos, aún á los que van al esferisterio con campanarios de San Juan en el cuerpo. La simpatía común conquistó también, aunque peco á poco, el Fontana. conciudadano de Rafael, un bello tipo de soldado temerario, jugador fuerte, seguro è igual, perteneciente también alorden de los taciturnos, siempre placido desde el principio al fin de la partida más tempestuosa, y que no sería quizas superado por nadie si tuviese algún tanto más vivaz, como dice Capani, el órgano de la locomoción. Con él hace contraste Tavaglini, otro fanés, amasado en polvo de fuego, agil, no obstante la redondez de sus formas de muchacho grueso, y lleno de arrojo y de audacia, pero mudable; que tiene una curiosa y especial manera de perseguir el pal lone, como si quisiera elevarse sobre la tierra, à modo de un santo arrobado en éxtasis, pero que en la ira no tiene las exclamaciones de un santo. Un tipo original, à este respecto, es Mvenghetti, también marquesiano, zaguero valeroso, de una estructura física v de una esbeltez de saltador de circo, chistosisimo en la sinceridad de su furia imprecatoria contra la mala suerte ó contra si mismo, que trata al pal lone de verdugo, de asesino y de ladrón y que por despecho da saltos de gato, da de cabeza contra el muro, muerde el pañuelo y gira en torno de si como un huso, modulando necedades en todos los tonos.

Y ahora, vexilla regis prodeunt: un conciudadano de Pio IX, el Pettinari, un artista maduro y completo, una figura robusta y esbelta, entre siciliano y sardo, calvo como César y moreno como Catilina, de rostro severo y de actitudes escultóricas, conocedor del pal-lone y zaguero sin igual, que reune en si muchos rasgos comunes à varios jugadores famosos, y al que pudierra llamársele, no un jugador, sino el jugador, como del filósofo Aristóteles decia don Ferrante.

Y, por fin, precisa nombrar también, aunque jugador de paso, al joven Gabri, una bella planta piamontesa de alto tronco, la pieza de mayor portada de la bateria, el único batidor de la compañía que manda el juego, maravilloso, aunque faláz también, en la resta, donde manda los pallones fallidos al Pô; un hermoso tipo de sencillez bonachona y da potencia hercúlea, simpático como un niño jigantesco.

XX

Y adonde dejo al mandarín, el artista solitario que, en el acto humilde del cortesano interrogando el rostro del príncipe, de pie en el trono, es una mancha blanca tan eficaz en un lado del cuadro? El os iespira un sentimiento particular de simpatía, mezcla de piedad y de respeto. A el no le altera ni la complacencia de los gestos, ni la embriaguez de la lucha, ni la alegría de la victoria. Cumplida apenas su misión, él debe huir como un culpable, porque no le destroce los riñones aquel à quien ha arrojado el pal lone con gracia obsequioss; pero no huye siempre à tanta ingratitud, sin que certifique alguna vez, gimiendo, la verdad de aquella triste sentencia guerrazziana, que «la cortesia no es raro que produzca injuria». De media partida en adelante, él suele encontrarse frente à un batidor en mala fortuna, que le endosa los errores de su mirada turbia v de su paso alterado por la cólera y al que no le prodiga menos con igual ánimo que al vencedor sonriente les más alegres consueles. ¡Y cuán arduo es su artel No para todos es, el permanecer impasible al verse increpar con el impetu de un búfalo, por unos ojos ardientes y un puño armado, que parece dispuesto á quebrantar el quinto mandamiento; y à él toca reparar con el acto suvo la desigualdad de la carrera de su señor, y según la intención de éste variar la alzada, y á la alzada dar fuerza con prudente medida, guardando siempre en los gestos y en la actitud la elegancia correcta que el uso impone. Pero de la bolea soberbia ante la que el circo estalla en gritos y que á él también es debida en parte, no le dan mérito alguno, ni mano agradecida busca después del triunfo su mano inerme y sabia, de la que partió el primer movimiento del pelotari aclamado. Qué más justo si contra el batidor que lo reprende y vitupera, se le escapa alguna vez este grito desdeñoso de orgullo:-El bate (saca) desde hace cinco años, yo mando hace diez .- El destino mismo parece que le haya querido escarnecer, adjudicandole el nombre de un fruto que se exprime v se tira, ó de un oficial del Celeste Imperio, que significa vanidad y fanfarria.

Pero los verdaderos amantes del arte le rinden de corazón justicia, no separando nunca su imagen de la de aquellos artistas más predilectos, y la costumbre introducida de suprimir su oficio haciendo el batidor de mandarin de sí mismo, señala una degradación mísera del juego, que ofende la estética y ultraja la tradición.

No; no hay arte grande sin tí, joh modesto servidor del trampolíni, y sì de tí calla el nombre la historia, de tí se honra la bella falanje de los cooperadores ignorados de ilustre estirpe, à los cuales es gloria intima, más dulce que la fama, tu obscuridad inmerecida.

XXI

—Poesia en el juego del pallonel—exclama el profano.— Y también una aureola en la cabeza de los jugadores.—Si,